

LA ASOMBROSA HISTORIA DE LEONARDO EL BUITRE

Leonardo era un joven buitre. Ya sabéis, uno de esos extraños pájaros de pico curvo y cabeza calva que tiene unas enormes alas y que se dedica a comer animales muertos.

Pero no penséis que por tener ese aspecto tan raro Leonardo era triste; que va. Nuestro amigo era un buitre muy, muy simpático, que se pasaba todo el día saltando de roca en roca en las paredes en donde vivía con sus padres, y volando por encima de las Hoces del Río Duratón, que era su hogar.

Muchas veces Leonardo tenía problemas con su madre, que le gritaba asustada al verle tirarse desde lo alto de las rocas, pensando que un día se iba a estrellar contra las oscuras aguas del río.

Leonardo tenía un buen montón de amigos que vivían con él en este sitio tan bonito: Ali, el Alimoche, Vera la Nutria, Beatriz la Chova, Amelia la Encina, Lucas el Zorro, Carlos el Sauce y Verónica, una fuerte y guapa Águila real.

La verdad es que todos se lo pasaban muy bien en este espacio natural tan chulo en el que vivían.

Pero un día, de repente, las cosas empezaron a cambiar. Porque los hombres, poco a poco, comenzaron a estropear el sitio tan bonito que era la casa de nuestros amigos.

Cada vez venía más gente a ver el Río Duratón y muchos daban unos gritos terribles y ponían la música muy alta, lo que asustaba a nuestros amigos y amigas.

Otros, muy cochinos, cuando se volvían a sus casa dejaban todo lleno de basura, lo que enfadaba mucho a Leonardo y sus compañeros.

Algunas personas, hasta se bañaban en el río y llenaban sus aguas limpias de jabón y de sustancias pringosas.

También empezaron a quemarse árboles, y a desaparecer muchas de las plantas y de los animales que antes llenaban este sitio.

Leonardo y sus amigos empezaron a ponerse muy tristes, porque su casa, el sitio donde vivían se estaba volviendo un lugar sucio y desagradable. Y además veían que sus padres también estaban preocupados porque cada vez les costaba más encontrar comida y sentirse seguros en las paredes donde vivían y hacían los nidos.

Un día, Leonardo se puso muy triste, porque se enteró que un tío de su amigo Lucas el Zorro se había muerto al caer en la trampa que habían puesto unos cazadores.

En fin que como veis, las cosas se ponían difíciles para nuestros amigos.

Así que un día Leonardo se fue a ver a sus amigos y les dijo:

- Chicos, no sé si lo habéis visto, pero estos se está poniendo muy, muy feo. Este sitio está cada vez más sucio; cada día vienen aquí más personas a gritar, a estropear y a ensuciar nuestra casa. Esto no puede seguir así. Nuestros padres, además cada vez están más serios y más preocupados, y por la noche, en la repisa en la que vivimos no hay nada más que malas caras y gritos. Yo no lo aguanto más. Así que tenemos que hacer algo.

- Sí, dijo Ali el Alimoche, en mi casa pasa lo mismo, pero ¿qué podemos hacer nosotros? No somos nada más que unos simples animales y plantas jóvenes.

- Pues vayamos a ver a Facundo, el viejo Búho que vive bajo la Ermita de San Frutos. Seguro que él sí sabe qué podemos hacer.

- Vale, dijeron todos a la vez. Porque el viejo Búho era un animal muy viejo y muy sabio al que todos los animales y plantas respetaban. Bueno no todos se alegraron de ir a ver a Facundo; Beatriz, la Chova, tenía miedo de aquel anciano Búho, y siempre pensaba que algún día se la tragaría de un bocado. Pero como no quería perderse lo que dijera y como también quería ayudar a sus amigos a solucionar el problema se tragó su miedo y siguió a sus amigos en silencio.

Ya antes de llegar al viejo monasterio Leonardo y sus amigos escucharon el profundo canto del Búho, que hacía que aquel solitario lugar se volviera todavía más amenazador en la oscuridad de la noche.

Cuando llegaron a la pequeña cueva en la que vivía Facundo, éste les miró sin apenas mover la cabeza, silenciosos y atento.

Cuando oyó la historia que le contaron aquellos jóvenes animales y comprobó su preocupación, les miró y pausadamente les respondió.

- Sois muy valientes, queridos jóvenes; y además, me alegra ver que os preocupáis por el futuro del lugar en el que vivís. Eso me hace pensar que algún día seréis animales y plantas fuertes y respetuosos con la Naturaleza.

- Pero ya no tenéis que preocuparos más, queridos amigos, continuó diciendo el Búho. Por suerte para todos, los hombres se han dado cuenta del mal que estaban haciendo en este sitio tan bonito en el que vivimos, y

han decidido cuidarlo. A partir de ahora, van a hacer unas leyes, para impedir que todas aquellas personas que se dedican a estropear la Naturaleza en este sitio, puedan seguir haciéndolo.

Las personas encargadas de proteger la Naturaleza han decidido cuidar este lugar tan bonito haciendo de él un Parque Natural.

- ¿ Y eso qué es ? preguntó tímidamente Vera la Nutria.

- Pues un Parque Natural es un sitio en el que ya no se podrá tirar basura, ni se podrá ensuciar el río. Ya no se cortarán más árboles (en ese momento Amelia la Encina y Carlos el Sauce, soltaron un suspiro), ni se permitirá a la gente dar gritos y asustar a los animales. Y la gente que venga a verlo tendrá que tener cuidado para no estropearlo y así permitir que otras muchas personas que vengan después, también puedan disfrutar de él.

- ¿Y tendrá un nombre?, dijo Lucas el Zorro.

- Claro, contestó el anciano Búho. Se va a llamar Parque Natural de las Hoces del Río Duratón.

- ¡¡ Hala, qué nombre más chulo !!, dijo Verónica, el Águila real.

- Sí, le contestó Ali, a mí también me gusta: las Hoces del Río Duratón.

Y para que este Parque esté cuidado y todos nosotros podamos vivir en él tranquilos, también va a haber unos Agentes que se van a encargar de vigilarlo. Así que, queridos jóvenes, ya no tenéis que preocuparos. Id a vuestras casas y contadle todo esto a vuestros padres, para que ellos también se queden tranquilos.

Así lo hicieron. Y al poco tiempo, tal y como les había contado el viejo Búho, las cosas cambiaron en el Duratón. Empezaron a venir Agentes Ambientales, y un montón de personas que se dedicaron a limpiar y a cuidar el Parque. Y unos señores y unas señoras muy serios, que siempre estaban tomando notas y apuntando cosas, y que al parecer eran los encargados de organizar este nuevo Parque.

Y hasta abrieron una casa en el pueblo, en la que daban información a las personas que venían a visitarlo. Y a esa casa también venían niños y niñas para aprender con los monitores un montón de cosas sobre los animales y las plantas que vivían en este nuevo Parque.

A partir de entonces, aquel bonito sitio volvió a ser un lugar agradable, al que venían muchas personas, pero en el que ya no dejaban basuras. Y en el que, otra vez, las aguas del río estaban limpias y llenas de animales y plantas, no de jabón y detergentes.

Y por las noches, en las casas de los animales y en los lugares en los que vivían las plantas ya no había preocupaciones, ni gritos, ni miedos, porque ahora ya sabían que en su hogar era un lugar tranquilo y seguro.

Desde entonces, nuestro amigo Leonardo se dedicaba a volar cada día más y más horas sobre el Río Duratón y a compartir buenos ratos con sus amigos el Alimoche, la Nutria, el Zorro, el Águila, la Chova, la Encina y el Sauce. Todos se sentían contentos y muy orgullosos e vivir en un sitio tan bonito.

Por cierto, un día que iba despistado, sí que se cayó a las aguas del Río Duratón, como temía su madre.

Pero no le pasó nada; salió del río y continuó volando sobre la Ermita de San Frutos, mientras escuchaba el grave e inquietante canto del viejo Búho Facundo. Y al oírlo, supo que ya nunca nadie podría estropear este lugar tan maravilloso.

FIN